

178.816

UNIVERSIDAD LITERARIA DE OVIEDO

DISCURSO

LEIDO EN LA SOLEMNE APERTURA

DEL

CURSO ACADÉMICO DE 1912-13

POR EL DOCTOR

D. FEDERICO DE ONÍS Y SÁNCHEZ

Catedrático numerario

DE

LENQUA Y LITERATURA ESPAÑOLAS



OVIEDO:
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO
CALLE CANÓNIGA, 18

1912



Almo. Sr.:

Señores:



ME propongo, señores, en este momento en que la ley me obliga á dirigirme á la Universidad, llevando su voz en este acto, recoger mi pobre caudal de ideas y preocupaciones acerca de la Universidad misma: de su concepto, de su historia y de su porvenir. Problema grave y difícil es este para mi, pues tengo que salir del centro de mis estudios y materiales de trabajo á campo poco conocido; mucho más fácil me sería tejer un discurso científico en el que presentase á vuestra consideración los resultados de mis investigaciones sobre alguno de los problemas filológicos

á que vengo consagrando mi actividad; pero estando en tela de juicio la existencia misma de la Universidad española como organismo científico, es decir, como Universidad, este problema tiene que surgir de una manera necesaria é imponente siempre que nos congreguemos para comunicarnos nuestro pensamiento y tengamos que dar fe de vida en cualquier acto público. Y en estas circunstancias lo único serio y honrado es abordar el problema directamente y con absoluta sinceridad, si queremos que vuelva á nosotros su esperanza la parte consciente del país y que se haga alguna paz en nuestras conciencias. Sólo aspiro á ser breve, sincero y exacto; y sólo os pido que oigáis con benevolencia estas reflexiones sobre la cuestión que más debe interesarnos, escritas cuando sólo se apetece el descanso, en la soledad del campo y apenas sin libros, por el más joven de vuestros compañeros.

Hoy estamos aquí reunidos, quizá por única vez en todo el curso, profesores y estudiantes; mañana estaremos solos en nuestras cátedras, frente á unos cuantos jóvenes que deben recibir de nosotros el máximum de su elevación espiritual. Ellos vendrán á nuestras manos con esa ingenuidad y confianza ciegas, propias de la juventud; no habrá surgido en ellos todavía la preocupación por su porvenir; la alegría interior les hará sentir como digna de vivirse la vida que el destino al nacer les deparó. Nosotros no estaremos tan tranquilos en nuestros asientos, si la idea de la responsabilidad no se ha borrado del fondo de nuestros pechos; sentiremos á cada momento la conciencia de la debilidad de nuestras fuerzas ante el peso abrumador de nuestra misión; y sufriremos la tragedia íntima que se viene dando en todo español consciente, los vaivenes de esperanza y desesperanza, de ánimo y desaliento, en esta lucha para hacer de España un pueblo culto. Nuestros muchachos, los jóvenes de España, estos que me están escuchando,

van á ser una generación más de las que desde hace dos siglos, cuando menos, se espera que realicen la gran obra de despertar la conciencia nacional. Y hasta ahora se ha esperado en vano. Los mismos problemas agravados tenemos hoy delante que tenían nuestros padres, nuestros abuelos del siglo XVIII y hasta ciertos españoles de los siglos XVI y XVII que, en el momento de mayor auge material de la nación, se dieron cuenta de que vivían en un siglo "de más estruendo que substancia."

Preparar á esta juventud para el cumplimiento de su misión es nuestro principal deber: y para ello es preciso que les demos una idea plena y clara de la situación de España, de la tradición que nos ha formado como somos, del camino penoso que tenemos que labrarnos para el porvenir. Y al mismo tiempo que, al ejercitar nuestra estricta función universitaria, les damos la ciencia, como en esta casa no se puede suponer que la ciencia no forme parte de la médula de la vida de los pueblos, debemos infundirles la fe de que ella es el arma con la que han de crear su propia patria.

Quizás haya quien crea más piadoso no turbar la frescura y alegría de la juventud con los viejos dolores de la casta; quizás haya quien piense que el dolor enervaría sus energías impetuosas haciéndoles caer en el desaliento y la desesperanza. Nunca la mentira puede ser fuente de esperanza duradera; porque la realidad, á donde se dirige la acción, traería inmediatamente el más doloroso de los desengaños y, con él, el aniquilamiento de la voluntad. No hay más camino fecundo que la verdad.

Fijaos bien en que os está hablando uno que acaba de salir de las aulas como estudiante para volver á ellas como maestro, y que lleva aún abierta la herida del desengaño al verse con la juventud perdida y las esperanzas deshechas y teniendo que labrarse desesperadamente, entre la broza depositada sobre su espíritu, año tras año,



en las aulas, un camino para salir á la luz de la cultura. Y hoy, cuando no debía dudar ni de mis fuerzas ni de mi camino, porque así lo exigía el temperamento de mis años, os hablo con todas las reservas críticas y los dejos amargos propios de más madura edad. Y es que, señores; —y está bien que lo sepáis vosotros, estudiantes,— es que entre las muchas desgracias que llevamos encima los españoles por el solo delito de haber nacido tales, está la de no tener juventud. Nos pasa como á esos muchachos huérfanos que, al despertar en la adolescencia á la relación social, tienen que gastar sus energías prematuramente para abrirse un camino entre las asperezas de la vida, sin ayuda de nadie y llevando á costas la carga de la madre viuda y de los hermanitos débiles. Nosotros somos huérfanos también; conforme vamos despertando á la vida civil, vemos que las instituciones y organismos sociales que debían ser nuestro sostén y nuestra ayuda están muertos ó corrompidos y reclaman imperiosamente lo mejor de nuestras energías para revivirlos y salvarlos y con ellos salvarnos todos. Nosotros sí que podemos decir, como en la poesía de Heine, que no debemos nada á nadie sino á un amigo valeroso y fuerte que, con su esfuerzo, nos sacó adelante, y á quien de buena gana estrecharíamos en nuestros brazos; pero no es posible, porque cada uno de nosotros lo debe todo á sí mismo y á su propio esfuerzo. Para el español el sentimiento de patria es esencialmente dolor, y sólo el que sienta este dolor, que es lo único que nos une, puede llamarse buen español. El español que más profundamente ha sentido el dolor de la patria, D. Joaquín Costa, lo dijo ya en palabras memorables: "Los españoles sienten hambre de pan, hambre de instrucción, hambre de justicia."

Somos, sobre todo, huérfanos de la cultura. Rota nuestra tradición, solitaria y discontinua nuestra producción científica, olvidados ó faltos de interés actual nues-

tros escritores clásicos, muy poco leídos aún los que, como Cervantes, son cumbres de la humanidad, hace dos siglos que vamos á la rastra de Europa, intentando, apenas con fruto, asimilarnos algo de su producción intelectual. Todos, hasta aquellos que se erigen en defensores de nuestra tradición, se informan solamente en fuentes extranjeras. Desde la escuela, desde el momento en que queremos salir de la experiencia cotidiana y del influjo de las ideas que forman nuestro ambiente espiritual para elevarnos al plano superior de la cultura, de lo específicamente humano, todas las verdades, leyes y conocimientos adquiridos llegan á nosotros unidos á un nombre extranjero, un nombre extraño á nuestra fonética, y que, desde luego, nos suena como algo remoto y desconocido; é inconscientemente, sin darnos cuenta de su trascendencia, viene á formarse un hábito de considerar lo extranjero como algo de una casta aparte de donde ha de venir toda cultura. Estudiamos en el Instituto las ciencias en sus últimos resultados, en lo que tienen de fundamental y permanente,—las matemáticas, la física, la historia natural, la filosofía—sin que un solo nombre español aparezca en la construcción luminosa de la ciencia humana. Cuando más tarde nos consagramos á una especialidad científica no podemos dar un paso sino mediante la lectura de libros y revistas extranjeros, y en las bibliotecas de las personas cultas apenas hay libros españoles, como no sean literarios, y los demás, en calidad de materiales históricos. Aun en aquellas disciplinas cuyo objeto es nacional, como, por ejemplo, nuestra historia, gran parte de la bibliografía es extranjera; muchas de las mejores ediciones de nuestros clásicos por ellos están hechas; por ellos, los primeros estudios de nuestra filología. Toda nueva invención de orden material del extranjero viene; de allí las ideas que agitan á nuestros obreros, las instituciones en que se inspiran nuestros políticos, las modas y las mane-

ras.....: toda la vida, en fin. ¿Qué importa que haya algún ejemplo suelto de contribución española al progreso intelectual y material ante esta enorme supeditación á lo que nos viene de fuera? ¿Concebimos acaso que un nombre familiar á nuestros oídos, que pueda ser ligado á nuestras representaciones de hombres vivos, hermanos nuestros, ni más ni menos que nosotros mismos, un Sánchez ó un Gutiérrez, pueda estar en el rango de padres de nuestro espíritu, como Euclides ó Platón, Galileo ó Descartes, Kant ó Newton, Darwin ó Renan?

No intento discutir ahora la exactitud de estas ideas, ni suscitar la cuestión de lo que á España deba la cultura; trato simplemente de asentar el hecho psicológico indiscutible que nos hace colocarnos ante las creaciones de la humanidad como huérfanos mendicantes que reciben lo que buenamente les dan otros hombres extraños de lo que ellos han creado para satisfacer las necesidades de su espíritu, otra casta de hombres que, al parecer, son los que tienen la clave de la verdad y del progreso. No hay nada más deprimente para un hombre que sentirse fuera de la gran familia humana; vivir de prestado, alimentándose de lo que los demás han producido; no poder ejercitar las más elevadas y diferenciales condiciones humanas, colaborando en esta obra incesante y dolorosa que llamamos cultura y que es nuestro único tesoro. Para un pueblo la falta de cultura original y propia significa falta de personalidad, de tradición, de historia.

Este es, señores, el estado de ánimo individual y colectivo, con el que tenemos que contar y de donde tenemos que partir. La evidencia de estos hechos es innegable; y cómo ellos son engendradores de pesimismo mortal — y el pesimismo absoluto ni es lógico ni es moral — se hace preciso crear un estado de ánimo optimista, fecundo y duradero, compatible con esta triste realidad. Todo lo demás es querer engañarnos á nosotros mismos y ahogar,

con huecos himnos optimistas, radicales pesimismos, como los que cantan de noche para asustar al miedo, Hoy padecemos una reacción de este tipo y suena mal oír hablar como yo lo vengo haciendo; en todas partes se ha recrudecido el sentimiento conservador, exclusivista, defensivo, que surge siempre cuando nadie ni nada está seguro de sí mismo; y este estado general se refleja en España exacerbando la repulsión tradicional á toda influencia externa y la irreflexiva exaltación de todo lo nacional. Se comprende, señores, que es preciso fundamentar nuestras ideas acerca de España sobre más sólidas bases, de modo que se sostengan firmes sobre el vaivén sentimental que oscila entre la imitación y la repulsión ciegas de esa cosa indeterminada que llaman el extranjero.

Cuando se construya la historia de España desde un punto de vista estrictamente científico, es decir, encuadrándola en la historia universal, tendremos el valor de estos dos términos y de su relación; sabremos de manera segura y exacta qué es España, y podremos referirla á la civilización moderna, que es lo único substancial que hay detrás de esa palabra vaga—el *extranjero*. Y sólo entonces, sin acordarnos de simios europeizadores ni de españoles recalitrantes, podremos marcarnos una orientación más segura para el porvenir.

Por de pronto, tenemos derecho á pensar que es preciso ir á buscar la cultura á donde la haya, necesidad en que se encuentran hasta los pueblos más cultos, pues hasta hoy la cultura es producto de la colaboración de todos los pueblos civilizados; y por lo tanto es preciso aprender cuanto esos pueblos nos puedan enseñar. Pero al acercarnos á ellos, todo el éxito dependerá de que distingamos bien qué es lo que tiene energía creadora y cuál es el producto por ella creado, no sea que nos asimilemos los productos y resultados de su actividad—que es lo más visible y sorprendente—y no las ideas, métodos y

procedimientos que los engendraron. Ocurriría entonces aquello que gráficamente decía D. Juan Valera: que trasplantábamos el árbol dejándonos allí las raíces, y el árbol, frondoso en su patria, se agostaba en nuestro suelo. Es vano y superficial envidiar á los pueblos cultos su próspera situación actual, después de todo pasajera, que otras torres tan altas se han caído; lo que hay que envidiar es la potencia creadora de ideal que da nuevas posibilidades de vivir futuro, que abre nuevos caminos á estados sociales que significan un progreso en la vida de la humanidad. Contemplan en este sentido los pueblos prósperos de la tierra no sería deprimiente, sino consolador, para los pueblos débiles y ansiosos de renovación; porque aquellos se les ofrecerían agitados en luchas por acercarse á ideales remotos, ante los cuales nos encontramos todos en una relativa igualdad, sin que nadie pueda determinar qué peculiares cualidades nacionales podrán favorecer mejor su realización, y qué pueblos serán, por tanto, los que encuentren á su vez condiciones más favorables para desenvolver su personalidad.

Lo peculiar de España hoy—y el problema inminente que tenemos delante—es que este pueblo nuestro no es un factor en las luchas por el avance de la civilización; que, dormidas ó muertas sus energías, se ha quedado fuera de la corriente central de la historia moderna, y que sufre, en consecuencia, todos los males que se derivan de la falta de vida cultural. Si España ha de existir como pueblo es preciso, pues, que despierte sus actividades para aplicarlas á crearse una cultura propia.

* * *

LA Universidad ha sido siempre el órgano supremo de la cultura de un pueblo; nada mejor que ella puede darnos idea del grado de su desenvolvimiento intelectual;

donde falta cultura original no puede haber Universidad en su riguroso sentido. Por esta razón no es la Universidad la culpable de la incultura de un pueblo: ella no es más que un órgano que recoge las energías espirituales existentes, en sus máximas manifestaciones—muy especialmente la científica—y las encauza y fomenta produciendo su difusión y su continuidad; es el centro regulador de la vida científica de la nación. Ella atiende á dos fines simultáneos: la producción de ciencia; la formación de nuevos científicos. A ella acuden además los que van á ejercer las profesiones civiles, á recibir los conocimientos precisos para ejercer su función debidamente; pero esta utilidad es accidental y ajena á la idea de Universidad. Si fuera este aspecto el esencial de ella, al dejar de ser productora de ciencia, se convertiría en depósito de conocimientos, que necesariamente serían atrasados é inexactos. La Universidad ha de tener siempre delante los problemas abiertos á la investigación científica.

Empiezo por poner escuetamente este concepto de Universidad—sin ánimo de fundamentarlo y razonarlo—porque creo que á él se reducen los varios tipos nacionales en lo esencial, aunque difieran en otros aspectos secundarios en que se desenvuelve la actividad de estos organismos necesariamente complejos y de máxima tensión espiritual. Quiero decir que por mucho que se ensanche el campo de acción de la Universidad y sus fines, riempre quedará como médula de ella la vida científica, su único carácter peculiar.

Que en España no hay Universidad es cosa que está fuera de duda; sería ridículo querer demostrarlo, como os decía muy bien hoy hace un año mi cordial amigo y compañero Jesús Arias de Velasco desde este mismo sitio. No pretendo hacer de nuevo la crítica de la Universidad, porque está ya agotada la materia y no es preciso convencer á nadie. Pero sí quiero, antes de entrar á examinar

las causas históricas que pueden habernos traído á este tan triste estado, dar una idea de la situación actual de nuestra enseñanza superior, tendiendo, más que á señalar sus defectos tradicionales, á resaltar las energías vivas que hay en ella y que pueden ser germen del resurgimiento futuro. Y como dicen, y parece verdad, que nadie mejor que el estudiante mismo se dá cuenta instintivamente del provecho que obtiene en las aulas y es el mejor juez de sus maestros, yo, que tengo recientes estos recuerdos, os voy dar cuenta de mis impresiones de muchacho y de mi experiencia universitaria. Y sea este recuerdo, al mismo tiempo que una información conveniente, un homenaje á unos cuantos hombres ejemplares, que en este páramo de la cultura mantienen la vida intelectual y, con ella, nuestro consuelo y nuestra esperanza.

Recuerdo largas horas tediosas y estériles, pasadas día tras día, durante diez años, en tristes cátedras, de las que no quiero acordarme, porque no quiero imputar á unos cuantos hombres culpas que tienen su origen en males colectivos más hondos, de los que ellos eran víctimas á su vez, como lo somos todos. Sólo compasión mutua nos merecemos; y no es hora de gastar el tiempo en criticar la obra de los demás sino en preocuparse de la propia, que sólo con extraordinario esfuerzo podrá sobrepujarla. De aquellas cátedras sólo quedan en la memoria unas cuantas anécdotas grotescas, que aún nos contamos, al tropezarnos por la vida, los antiguos condiscípulos. Pasamos, los que entonces estudiábamos, por las arideces de la gramática latina, sin gozar de la sombra del árbol, siempre verde, de la antigüedad clásica. La historia se reducía á listas de nombres propios que en el manualeté hasta el interés episódico perdían; las ciencias se convertían, por medio de los aparatos, en juegos de prestidigitación; la filosofía quedaba reducida á los últimos residuos de la escolástica. Se medía la capacidad del alumno según recitaba el *bárbara*,

como en latín era el punto máximo el *punte de los asnos*...; y así de lo demás, señores, tanto que se encuentra justificada aquella afirmación de Unamuno, en ocasión semejante á ésta, de que era mejor irse al soto á coger nidos. Siquiera se adquiría vigor físico y se mantenía la inteligencia virgen y libre del absurdo.

No en el soto cogiendo nidos, sino en la calle, en el aire libre de las ideas, recibimos los que entonces estudiábamos los primeros gérmenes fecundos de nuestro desarrollo intelectual. Los libros literarios modernos, que corrían de mano en mano y excitaban nuestra apasionada admiración, la prensa, los discursos políticos, las conversaciones, los viajes, el amor, la naturaleza; todo ello iba enriqueciendo nuestro espíritu y contrarrestando hasta cierto punto la deformación producida por la enseñanza.

Hubo, sin embargo, en la segunda enseñanza algunas excepciones á la regla general. La cátedra de francés era excelente; á más de adquirir con bastante perfección el poderoso instrumento de cultura que esta lengua representa, encontramos un profesor modesto que aparecía ante nuestros ojos con ciertas virtudes raras, que no eran ni más ni menos que las propias de un hombre moderno. De correctas maneras, respetuoso con el alumno y sobre todo con su libertad, desde que pisábamos aquel aula nos considerábamos elevados á la dignidad humana. La lectura de los textos franceses le daba pie para explicaciones amenas de literatura, arte y vida moderna; y sobre todo, dentro de los límites de una clase elemental, trataba de vivificar el estudio gramatical con el elemento científico de la filología histórica; y así, de sus labios oí por primera vez las nociones de la filología moderna, que era el primer contacto de mi inteligencia con una ciencia positiva. Esta iniciación científica tuvo un empuje capital en la cátedra de Historia Natural, dirigida por un profesor que poseía excelentes condiciones de científico y de maestro.

Pódrimos sus discípulos haber olvidado enteramente todos los conocimientos de detalle que forman la materia de aquellas ciencias descriptivas; pero lo que no perderemos jamás, porque llegó á ser constitucional de nuestro ser intelectual, es la nueva posición del espíritu ante la realidad que significaron las ciencias naturales en el siglo XIX.

Al pasar á la Universidad me encontré enseguida con una personalidad tan sugestiva, tan intensa, tan variadamente culta y tan enérgicamente original como la de D. Miguel de Unamuno—y cito su nombre, que ya tiene sentido para vosotros por ser uno de los hombres salientes de la España contemporánea; por tanto no os pesará que me detenga algo más al hablar de él en este aspecto de universitario.—Los años que han pasado desde entonces hasta ahora me han hecho llegar á pensar de manera opuesta diametralmente á la suya y á estimar de muy diferente modo el valor de sus ideas; pero no á perder ni un ápice del cariño que supo despertar en mi corazón de mozo ni de la estimación de la generosidad de su espíritu, que se daba entero á sus discípulos, con todo el caudal riquísimo de su ciencia y de su emoción. Si á algún hombre hubiera yo de dar el nombre de maestro, aquél nombre que Cristo mandó á sus discípulos que no llamasen á nadie sobre la tierra, sólo á él tendría el derecho y el deber de dárselo.

Su clase era toda espontaneidad; era como una reunión de amigos en la que el maestro se remozaba diariamente ante los muchachos y se ponía á tono con nuestras preocupaciones personales, con nuestra manera impulsiva, pasional, de sentir el mundo. No era una relación estrictamente científica lo que nos unía; nuestra vida espiritual toda estaba enlazada; y de los problemas concretos de la disciplina que juntos cultivábamos nos elevábamos á los problemas radicales y eternos, esencialmente huma-

nos. Y con rara habilidad y seguro talento sabía mantenernos dentro del rigor científico, cuando de filología se trataba, sin caer en el *dilettantismo* que podía sospecharse leyendo las líneas anteriores.

Yo no sé de dónde ha salido la especie de que Unamuno en su cátedra enseña de todo menos de griego y de filología románica; sin duda, de sus propias afirmaciones insolentes contra el helenismo y contra la ciencia. Pero de las afirmaciones de un hombre como Unamuno, de gran complejidad espiritual y de un subjetivismo exagerado, no se pueden sacar consecuencias, sino contando con todo el sistema de sus ideas y sentimientos. Cuando en las afirmaciones de un hombre encontramos contradicciones que no podemos resolver en una unidad superior le reputamos de loco ó de imbecil; y comprenderéis bien que no es esta la solución que podemos dar á las contradicciones de Unamuno, sino que debemos tratar de explicárnoslas dentro de la unidad sentimental de su conciencia individual, que es donde adquieren justificación y sentido. Y en Unamuno es perfectamente compatible su desdén por el helenismo y por la ciencia con su lectura constante de los clásicos y de los libros científicos y la fiel trasmisión de todo este caudal á sus discípulos. Ya sabéis todos los que hayais leído sus libros cuál es la preocupación central de su espíritu y su posición ante el Universo que podríamos llamar mística. Si combate al helenismo y á la ciencia posterior es precisamente porque son los puntos máximos de la cultura, y *no le sirven* para resolver el problema único que se le ofrece como solamente digno de la preocupación humana y como necesidad vital de su yo; y vuelto de espaldas á la cultura, da voces al misterio. Por poca sensibilidad que tengamos algunos, los más probablemente de los hombres modernos, para comprender esta posición espiritual, tenemos que reconocerla como lógica y respetable; y sea como quiera, es independiente de la capacidad de dominar una



técnica científica, aceptando el conocimiento científico tal como es, en todo su valor, sin tergiversarlo ni falsearlo dándole otro alcance y significación. Unamuno no cree en el problema de la ciencia, no cree en su vital interés humano; su fe, su esperanza y su amor quieren ir fuera de la cultura, del humanismo; pero, supuesto el problema de la ciencia, sabe cómo habérselas con él.

Esto demuestra, señores,—y tiene interés pedagógico—cómo la capacidad científica es independiente del grado de amor y de la finalidad ideal que se pongan en la investigación de la verdad, y cómo depende tan sólo de la posesión de ciertas especiales condiciones intelectuales, que constituyen el temperamento científico, y que se adquieren y perfeccionan mediante un aprendizaje y producen el conocimiento exacto al ser puestas en ejercicio por cualquiera de los motivos que mueven á los hombres á ejercitar su actividad. Y así, puede haber quien, encendido en santo fuego de amor á la verdad, no sea capaz de enriquecerla con un sólo conocimiento positivo, y en cambio quien, por lucro, por vanidad ó cualquier otro motivo ajeno á la verdad misma, la descubra y afirme gracias á que conoce sus caminos. Algo triste es que Unamuno desdeñe el helenismo, se burle de la ciencia y apostolice contra la cultura; pero enseña griego y pone á sus alumnos en comunicación directa con las grandes obras de aquella raza privilegiada, enseña á producir la ciencia y da á sus discípulos los instrumentos precisos para adquirirla, entre otros, las lenguas modernas, y con su palabra difundía siempre las ideas madres del saber humano. Mucho más triste todavía es el caso frecuente del enamorado de Grecia que no sabe griego, del apóstol de la ciencia que no conoce sus métodos y todo su pensar es confusión, del que cree creer en la cultura y la convierte en un mito.

El Sr. Unamuno enseñaba griego y filología románica, dentro del grado elemental posible en nuestras Universidades, donde los alumnos tienen que empezar por

aprender el alfabeto; aunque pusiéramos en su puesto al Sr. Willamowitz Mollendorf, la primera autoridad hoy en el mundo en filología griega, no podría sacar mucho más provecho de alumnos completamente ayunos de preparación. Otra sería la cuenta si en el lugar del Sr. Willamowitz, en la Universidad de Berlín, hubiéramos de colocar al Sr. Unamuno; la filología clásica hace mucho tiempo que murió completamente en España y no es, sin duda, Unamuno el que ha de resucitarla; con toda su potencia intelectual, en este aspecto de su actividad no ha pasado del nivel preciso para llenar las modestas necesidades de nuestra enseñanza, ni más ni menos que algunos otros de sus compañeros. Puestas las cosas en su punto, es el hecho que los alumnos de Unamuno salen de su clase traduciendo griego y en disposición para acometer trabajos originales sobre filología española que han satisfecho á persona de tan escrupuloso rigor científico y de tanta autoridad como D. Ramón Menéndez Pidal. Y esto, que parece elemental, es en España raro éxito que hay que señalar con piedra blanca.

Lo extraordinario en la clase de Unamuno, lo que no es posible encontrar más que en la de algún otro profesor genial, como aquí, por ejemplo, Leopoldo Alas—y creo que he citado los dos hombres más eminentes que en este sentido ha tenido España en los últimos tiempos—era la fuerza de las ideas en toda su plenitud, con el calor que hombres de este temple las prestan, cayendo en las almas juveniles y removiéndolas y vivificándolas de modo que provocaban en ellas las más sanas y fecundas crisis espirituales; era el despertar constante á campos nuevos, más amplios y más puros, donde se espaciaban los ojos y se ensanchaba el corazón; era el contacto permanente y directo con una personalidad ejemplar.

Porque la clase de Unamuno era un episodio diario de una relación constante, de una vida de amistad que, fuera de la Universidad, en los paseos, en el campo, en

su propia casa, llevábamos, libre de toda separación formalista; y no creo que pueda llegarse más adelante en lo de romper las barreras que siempre hay, no ya entre profesores y discípulos, sino entre un hombre de edad madura y de graves quehaceres y muchachos á las puertas del vivir: En estas reuniones constantes, roto ya el hielo de la clase y libres de toda mira *pedagógica*, recibíamos lo mejor del espíritu del maestro, sus conversaciones variadas, intensas y amenas, lecturas siempre sustanciosas y sugestivas y hasta clases especiales donde aprendíamos, por ejemplo, el inglés y el alemán; que jamás tuvo otra ocupación más urgente que le impidiese enseñar cuanto sabía al primero que se acercase á solicitar sus enseñanzas.

¡Cuántos días, al volver á casa y quedarnos solos con nosotros mismos, sentíamos la conmoción interior de ver como se derrumbaban las creencias viejas en que habíamos sido criados, y, con doloroso placer, se labraba nuestra renovación interior, de modo que, á la luz de las ideas, como en nueva pubertad espiritual, tomaba nuevo color el mundo y las cosas empezaban á decirnos su secreto! Sólo el que haya pasado las amarguras de una crisis profunda en edad en que ya no es posible recomenzar una vida nueva espiritual, podrá darse cuenta de la fortuna que entraña haberlas sufrido en los verdes años en que todo es porvenir.

Todo esto significaba Unamuno en la Universidad de Salamanca; y todo eso le debemos los que tuvimos la fortuna de encontrarle en nuestro camino en edad temprana: apenas hubo nada que fuera cultura que llegase á nosotros sino á través de su palabra, y está dicho todo. Deuda semejante tiene para con él el país, donde ha realizado la labor de agitar los espíritus dormidos ó anquilosados y de romper la monotonía y la vulgaridad de nuestro ambiente espiritual. Y si hoy, para hacer un juicio más maduro de Unamuno, tendría que considerar

cuánto en él hay de ajeno á la verdad y de contradictorio con la cultura y de negativo del camino ideal que empieza á dibujarse en nuestra patria, prefiero no hacerlo en este momento y dejar ahí la impresión optimista é ingenua de aquellos días que ya empiezan á ser para mí fuente de recuerdos perdurables: aquella ciudad alegre y señorial que el Renacimiento español sembró de labradas piedras; aquellos campos, re-creados por los poetas; aquella Universidad donde un día lucharon los únicos hombres á quienes puedo considerar antepasados de mi tradición; todo aquello, señores, que es mi pueblo; y, llenándolo todo y dándole nueva vida, este hombre extraordinario, refinado y selvático, moderno y medioeval, místico y científico, con unción de apóstol y con sagacidad de pícaro, en el que parece que culminan todos los defectos y virtudes de la casta.

Aun debo citar dos nombres, que pertenecen y honran al profesorado español, cuyas enseñanzas busqué deliberadamente al terminar la carrera y tener, como todo el mundo, que empezar á estudiar lo que oficialmente había estudiado ya. El primero es D. Ramón Menéndez Pidal, hijo de esta tierra y alumno de esta casa, cuyos trabajos de historia de la Edad Media y de filología española han hecho de él la primera autoridad en esta materia y uno de los prestigios que nos justifican ante Europa. A cualidades científicas tan excelentes hay que añadirle un espíritu moderno y progresivo y una fe tal en la cultura, que le mueve á consagrar lo mejor de sus energías no tanto á su producción personal como á la formación de nuevos científicos; y—caso rarísimo en España—ha llegado á crear á su alrededor un grupo de discípulos que empiezan á darse á conocer, logrando así la continuidad de su labor científica, único modo de que esta sea fecunda. Es el segundo José Ortega Gasset, con más años delante y menos obra detrás, pero que ya no es, para los que hemos asistido á su cátedra y seguido el curso de sus

publicaciones, tan sólo una esperanza, sino la capacidad más fuerte y original que en filosofía hemos tenido desde hace mucho tiempo y el creador de toda una nueva visión de los problemas nacionales. Puede decirse que nace con él el pensador cuyas ideas—originalmente concebidas y bellamente expresadas—radican en lo más central tanto del problema de Europa como del problema de España. También á su alrededor se ha formado un núcleo, cada día creciente, de jóvenes en cuyo espíritu se entrelazan dos anhelos como algo inseparable: poseer la cultura europea y realizar la salvación de España.

Tenéis que perdonarme esta relación excesivamente personal, en gracia al valor actual y significativo, para el problema que nos preocupa, de los hombres que acaban de desfilan ante nuestro pensamiento y que nos dan la imagen más elevada y consoladora de lo que hoy tiene de virtual la Universidad española. Además, seguramente mi experiencia personal difiere poco de la de otro cualquiera que recientemente pasara por las aulas; y siendo así, cuanto he dicho de mí, podemos suponerlo de cualquier joven español. A los que en esta Universidad cursaron, de los cuales algunos gozan ya de justo renombre—Pérez de Ayala, Albornoz, Palacios, Arias de Velasco..., nombres que serán gratos en esta casa—he oído algo semejante. Todos recuerdan como á su primer maestro, quien de una vez y para siempre les llevó de su mano á la visión de los problemas eternos de la cultura, á Leopoldo Alas, el noble y profundo espíritu que un día alentó en esta casa y cuyo alentar se siente todavía como algo imperecedero. Y después—más afortunados, que los que en otras Universidades cursamos—encontraron un grupo de profesores modernos, de los que muchos en sus respectivas disciplinas eran y son los publicistas más autorizados que poseemos, los cuales, unidos en comunidad de labor, dieron un espectáculo que atrajo la atención y la admiración de España. Todos, sin embar-

go, tienen mucho que poner también en el otro plato de la balanza.

He aquí, señores, lo que un joven que acabe de salir de las aulas puede decir que debe á la enseñanza oficial, á cuyo profesorado no hay que olvidar que pertenecen, salvo raras excepciones, cuantos en España se dedican al cultivo de las ciencias. Unos elementos de ciencia recibidos casualmente en alguna clase de la segunda enseñanza y absorbidos por el espíritu con la misma sed con que la tierra seca recibe en el verano la lluvia de una nube pasajera; el contacto con una personalidad extraordinaria cuya influencia, si bien decisiva y redentora, por lo mismo de ser única y marcadamente personal, sólo es beneficiosa cuando sirve de paso para ensanchar el campo de las influencias y, libres ya de aquella, adquirir la independencia en el pensar; y, en fin, la preparación fragmentaria é incompleta, sin base y sin método, en la especialidad científica escogida en la Universidad. Y al llegar á los veinte años, á ese momento en que se contemplan á la vez el pasado y el porvenir para tomar un rumbo decisivo entre la divergencia de los caminos que la vida ofrece, encontrarse desorientado, inerme y en la precisión de empezar su preparación de nuevo desde los primeros elementos ó, cuando menos, de llenar las grandes lagunas que quedaron fuera de la preparación especial, algo más sólida, de unas cuantas cátedras.

De poco sirve, señores, tropezar en el curso de una carrera universitaria, con unos cuantos profesores excelentes, aunque alguno sea, como los últimamente citados aquí, una verdadera eminencia científica, capaz de mantener su prestigio en la Universidad más adelantada del mundo. La preparación científica no se infunde con un soplo de inspiración genial; requiere, cada día más, una lenta formación de cualidades y de hábitos especiales del espíritu, una concienzuda asimilación de conocimientos ya adquiridos, un dominio acabado de técnicas auxilia-

res; y careciendo de todo esto nuestros alumnos al llegar á esas cátedras, no pueden sus profesores realizar el milagro de suplir ellos solos en un año la obra de la escuela, la segunda enseñanza y la universidad y aun el influjo difuso del ambiente. El valor de cátedras como las de Menéndez Pidal y Ortega Gasset—que nos ofrecen, con las de algunos otros, el ejemplo de lo que puede y debe ser la Universidad futura—estriba, hoy por hoy, no tanto en la preparación especial y concreta que en ellas se pueda adquirir, como en la conciencia por ellas despertada de la flaqueza de nuestra preparación anterior: de los errores que hay que destruir, de los vacíos que hay que llenar y del camino que hay que emprender, si queremos elevar nuestro espíritu al plano de la vida cultural. Son, pues, puntos de partida tardíos que sólo puede aceptar un joven de fuerte y vigoroso espíritu; los más se rinden antes de luchar y prefieren renunciar á una vocación frustrada.

Estos nombres que he citado no creo que sean los únicos que haya, sé que hay algunos más; y si su existencia puede servir de aliento y esperanza mirando al porvenir, mirando al pasado y presente de la Universidad española no permiten formular un juicio diferente de aquel con que encabezábamos estos razonamientos. Con todos estos nombres y otros más modestos, pero muy estimables, estamos todavía en un momento previo al nacimiento de la Universidad; hay profesores aislados, separados espiritualmente de los demás por muros más impenetrables que los que separan sus cátedras, pero no hay Universidad; hay producción científica individual, solitaria, pero no hay ciencia nacional, una corriente genuina de pensamiento que de las entrañas de nuestra tierra mané y corra á través de ella fecundándola. Es el fallo de la historia universal para con nosotros: "En España nunca han faltado hombres cultos; pero España, excepto acaso en teología, no ha sido

nunca un pueblo culto", dicen los historiadores de Cambridge.

Porque ¿dónde está la Universidad española? ¿Cuál es la idea que mantiene entre nosotros la comunión y la continuidad científicas? ¿Cuál es el órgano que recoge las fuerzas dispersas de estos hombres que enseñan y trabajan y crea nuevas fuerzas de su propio seno, como producto normal? ¿Cuál es el sistema pedagógico, la finalidad educacional, la cuestión metodológica que nos une y nos impulsa en una dirección peculiar del pensamiento? ¿Cuál es nuestra personalidad ante la cultura? ¿Qué se vé en todo lo que venimos diciendo si no es azar, dispersión, excepción, anormalidad? Habría que ver qué deben á la Universidad española, donde gastaron su juventud, la histología de Cajal, la filología de Menéndez Pidal, la pedagogía de Giner, la criminología de Dorado Montero, la filosofía de Ortega Gasset...; raro será el que no empezó sus estudios especiales en estas ciencias por casualidad, recibiendo la primera noticia de ellas por algún libro que en sus manos al azar cayó; el que más, podrá sentirse enlazado espiritualmente con algún otro solitario que fué su propulsor y su guía.

Triste es tener que confesarlo —y más con la ruda sinceridad que Dios me ha dado como único medio de expresión—: hay que suponer que todo español cuyas obras tengan un valor cultural ha desarrollado esta capacidad *á pesar* del influjo desfavorable que desde el nacer sufrió, en el cual se señaló significadamente la enseñanza oficial; que, si no es la única, es desde luego la mejor.

Esto nos lleva á plantear la cuestión histórica. Es preciso preguntarse: ¿qué ha pasado aquí, en este pueblo enclavado en Europa y enlazado, al parecer, á toda la



historia universal, donde han tenido reflejo más ó menos brillante las conquistas de la civilización en cada época, donde ha habido una producción, no bien valorada pero indiscutible, en todas las ramas del saber humano, donde se ha escrito el *Quijote* y se han pintado lienzos inmortales, donde hoy mismo hay literatos, artistas y científicos, prensa y régimen constitucional, socialismo, industria, vida material moderna...; qué ha pasado aquí para que no pueda haber Universidad—órgano supremo de la cultura de los pueblos—, cuya carencia nos hace pensar que en España no hay cultura? ¿Cómo resolver esta contradicción evidente? ¿Ha sido siempre lo mismo? ¿Qué defecto substancial tiene nuestra vida presente ó nuestra historia toda que nos ha convertido en una excepción entre todos los pueblos europeos?—Todas estas preguntas aguardan la respuesta: la historia que las conteste no ha sido escrita todavía.

El defecto radical que, según mi entender, tiene la historia de España, tal como hasta ahora se ha venido haciendo, es la falta de valoración de los hechos que la constituyen mediante un concepto claro, determinado y distinto de la civilización humana. Y así, nos encontramos hoy ó con libros de erudición—catálogos de hechos sueltos, sin trabazón interior ni unidad que los sustente—ó libros escritos según un criterio determinado, exterior á los hechos mismos y que los falsea adaptándolos á una tesis previa y convencional que no es de naturaleza científica: una tesis, pero no una hipótesis. Sólo en lo referente á la Edad Media se ha marchado con paso seguro y contamos con una serie de obras que marcan un avance definitivo en el conocimiento de la literatura, del derecho, de las costumbres; esto se debe, no al azar, sino á la naturaleza misma de aquella edad, esencialmente distinta de la Moderna, por su carácter de universalidad, impersonalidad y sencillez. En cambio en la historia moderna no hemos salido, por lo general, del plano de la erudición

ó del panegírico. Y no estando construída, como no lo está, la historia de España, hablamos ciegamente de nuestro pasado y carece de sentido nuestra situación presente. Por esta razón, todo cuanto yo diga acerca del pasado de la Universidad española ha de tomarse con el valor provisional de las hipótesis. Por medio de hipótesis se llega al conocimiento científico una vez que aquella se ha *verificado*, es decir, se ha hecho verdadera. Si puedo contribuir algo á determinar la hipótesis de la historia de España que el conocimiento actual de ella impone como más probable, no serán enteramente perdidos mi tiempo y mi trabajo.

Todos los que han pensado acerca de España, desde hace dos siglos, están conformes en que su historia hay que considerarla como una decadencia. Se supone que ha habido un momento en que nuestra patria ha gozado de una vida plena y total y ha producido los frutos maduros de una civilización propia, y que después, por causas muy diferentes según el sentir de cada cual, se han secado las fuentes de la energía nacional y hemos caído en el marasmo y en la ruina. Todos reconocen también que, desde hace dos siglos, la historia de nuestro pueblo se reduce á los esfuerzos repetidos con varia intensidad para resucitar las energías muertas y conseguir, no ya el poderío material y espiritual de los áureos siglos, sino la simple conservación de la existencia. Cuando viene la discrepancia de pareceres, que en algunos momentos ha provocado discusiones apasionadas, es al determinar las causas posibles de este proceso de disolución de la vida nacional.

Esto bastaría á demostrar que el problema de nuestra historia no pertenece á un estado de civilización pretérito, sino que radica en las ideas fundamentales de la civilización moderna que conservan hoy todo su valor; no se trata de una discusión sobre ideas y fuerzas históricas ineficaces hoy, como si hablásemos de la España romana

ó de la Reconquista, sino de las mismas ideas y fuerzas que forman la trama del vivir actual.

Así pues, unos sostienen que las causas de nuestra evidente decadencia hay que buscarlas en un error fundamental político de la casa de Austria, que nos hizo tomar ante el mundo la posición reaccionaria frente á las nuevas corrientes—principalmente la Reforma—convirtiéndonos en paladines del catolicismo, con todas las consecuencias de esta lucha: guerras de religión, inquisición, represión de la libertad intelectual, aislamiento de Europa. Otros en cambio sostienen que sólo en esta época en que se mantuvo entre nosotros la fe católica en toda su pureza y exaltación, gozó España de su grado máximo de desarrollo intelectual y de poderío material, y si después de haber decaído por causas políticas transitorias, no nos hemos vuelto á levantar, ha sido por el error fundamental de nuestros gobiernos y nuestros intelectuales de ir á buscar su fuerza é inspiración en las ideas heterodoxas ó erróneas dominantes en Europa, rompiendo así entre nosotros la unidad de la fe católica, que era nuestra fuerza y el único camino de salvación. Otros han señalado causas económicas; otros han buscado en la psicología nacional vicios radicales—individualismo anárquico, pereza, soberbia, intolerancia—que nos hacen incompatibles con las nuevas formas de la civilización. Y entre todos han producido una literatura abundante de la que, aparte de otros frutos, se ha obtenido uno, frecuente entre nosotros: embotar la sensibilidad del país para el problema, á fuerza de oír hablar de él en vano, sin llegar á soluciones satisfactorias ni promover una acción terminante y segura.

Es el triste sino de las ideas entre nosotros: salen á la luz pública temerosas del silencio y sequedad del campo de nuestra vida intelectual; no tardan en ser acogidas con calor por hombres abiertos á la convicción y por escritores audaces necesitados de substancia y de novedad; pro-

vocan, si es caso, algo de escándalo y de lucha que suscitan el interés de la gente leída del país, tanto que ésta se divide en *blancos* y *negros* irreductibles; y cuando parece que la idea se va apoderando de las conciencias y adquiriendo la consistencia colectiva precisa para su fructificación, surgen unos cuantos individuos avisados y originales, que de todo están de vuelta, con la muletilla de «eso ya se ha dicho, no es nuevo, es una vulgaridad»; y la idea, despotencializada ya á fuerza de rodar, convertida en vacío lugar común, envejece y muere, sin haberse incorporado al tesoro ideal de la nación, ni trascendido á informar un sentido determinado de la acción. Es preciso, pues, insistir siempre sin descanso sobre los problemas esenciales, resucitándolos cada vez con mayor intensidad.

Es evidente, señores, que la manera de enfocar el problema de la historia de España y las conclusiones obtenidas no son satisfactorias sino de una manera parcial y fragmentaria. Fácil fué á los enemigos de la primera solución demostrar que los males imputados á España fueron comunes á todos ó á varios de los pueblos europeos en aquél tiempo, sin que éstos sufrieran las consecuencias que nosotros, y que precisamente cuando estábamos bajo aquellos pretendidos males llegó á más esplendor que nunca la civilización española. Difícil era á éstos, en cambio, conciliar la rápida y extrema decadencia, más bien consunción, de toda la vida nacional á fines del siglo XVII, coincidiendo con el grado máximo de pureza de las creencias y de la raza, de exaltación de la fe católica y de aislamiento de toda influencia externa. En las soluciones basadas en un aspecto de la vida nacional es dudoso si lo que se toma por causa es á su vez efecto y queda, en todo caso, inexplicada la consunción simultánea de toda vitalidad. Los vicios nacionales, en fin, corresponden siempre con ciertas virtudes peculiares, que también ha habido quien se ha encargado de señalar.

La historia de España, desde luego, ofrece un proble-

ma único y difícil, que no es reductible al proceso histórico de cualquiera otro de los pueblos europeos; tampoco se puede asimilar nuestro engrandecimiento y decadencia á los de ninguno de los otros pueblos que fueron grandes y desaparecieron de la competencia histórica. Necesita, pues, la historia particular de nuestra patria de una preocupación capital por la cuestión metodológica, que sólo en nuestros días empieza á suscitarse en todo su vigor.

La historia particular de un pueblo hay que hacerla desde los puntos de vista de la historia universal, único modo de conocer su valor y significación humanos. Al que se ocupe de nuestra historia se le ofrece enseguida un hecho significativo: la Edad Media española está de lleno dentro de las corrientes características entonces de la historia universal; por diferentes que sean las condiciones de nuestro pueblo respecto de los otros, por original que sea nuestra producción cultural, no hay nada que no se explique dentro de las ideas, instituciones y mecanismo social que constituyen la esencia de aquel período de la historia. Ahí están, por no citar otros anteriores, los libros magistrales de Hinojosa y Menéndez Pidal, que á la vez que nos dan á conocer aquella edad, en su misma exactitud y seguridad científicas está la prueba de nuestro aserto; pues, siendo el suyo un problema particular, sus conclusiones no tendrían el carácter de generalidad ni quedarían esencialmente enlazadas á todo el sistema conceptual que llamamos Edad Media. Es más, si pudiéramos suponer desconocida totalmente la Edad Media española, quedaría manca é inexplicada la Edad Media universal; desconocidos San Isidoro y Averroes, el Cid y Alfonso el Sabio, la Universidad de Salamanca y el cultivo de las ciencias experimentales, la civilización semítica en nuestro suelo..., quedarían como lagunas y cabos sueltos el influjo de estos hombres é ideas en la civilización universal.

Al empezar la Edad Moderna la situación varía enteramente y el problema hay que plantearlo en otros tér-

minos. Si atendiéramos solamente á considerar la historia de España desde el advenimiento de los Reyes Católicos comparándola con nuestra Edad Media y sin tener en cuenta la marcha de los pueblos europeos, resultaría un progreso evidente y extraordinario. Nunca antes llegó España á tal grado de actividad intelectual, de energía individual, de poderío político, como en los últimos años del siglo XV y la primera mitad del XVI; en algunos aspectos, sobre todo el artístico, habría que extender esta fecha hasta fines del siglo XVII. Bastaría pensar un momento en el descubrimiento y conquista de América, en la expansión territorial por Europa, en el desarrollo de las Universidades y Colegios, en la teología y su influjo en Trento, en la Compañía de Jesús, en la serie nunca igualada, ni en cantidad ni en calidad, de cultivadores de las letras, de las ciencias y de las artes; bastaría pensar en todo esto para no tener duda de que España alcanzaba entonces un estado de superación de sí misma. Es evidente, además, esta superación, porque toda esta civilización extrema del siglo XVI no representa una desviación ni una negación de la anterior; no fué debida á un cambio radical de orientación — como ocurrió, en general, en Europa — sino que no hay otro ejemplo tan claro de un desenvolvimiento natural y continuado de todos los elementos que ya informaban nuestra cultura de la Edad Media, y que al alcanzar su grado máximo á principios de la Edad Moderna, dieron á nuestro pensamiento y á nuestro arte un sello tan original y castizo. Cualquiera que trabaje en nuestra historia literaria, verá palmariamente la verdad de esta afirmación; no hay ningún pueblo de Europa cuya literatura moderna se explique, como la nuestra, partiendo necesariamente de la Edad Media, donde se encuentran ya los elementos germinales de la literatura posterior: el único libro donde se estudia el proceso pleno de un género literario — *Lèpopée castillane à travers de la littérature espagnole*, de Menéndez Pidal —.

es una prueba sorprendente de la continuidad de nuestra historia literaria, lo que nos hace un caso único entre todos los pueblos modernos.

No se puede negar, pues, á la luz de este criterio, que el siglo XVI es el momento máximo de la vitalidad española, no sólo en el aspecto político, sino en todos los aspectos de la cultura. Pero aunque, según dicho criterio, llegásemos á medir con toda exactitud el grado de progreso de todos y de cada uno de los aspectos de la vida nacional, nos faltaría el dato esencial histórico mediante el cual conociésemos el valor humano, cultural, de los hechos, es decir, la compulsación de estos mediante la idea que consideremos expresiva de la cultura en aquel tiempo. He aquí, pues, el primer camino claro que se impone necesariamente al historiador de España: diré, glossando una frase célebre, que es preciso que este se acerque á la historia moderna de España llevando en una mano el concepto de civilización moderna que le dé la historia universal y en la otra mano la hipótesis que se le ofrezca como más probable en vista de dicho concepto y del problema concreto á que ha de aplicarla. Por medio de estos dos instrumentos se lograría que el material histórico, hoy indeterminado, contestase á las cuestiones propuestas; y quedaría establecida la distinción esencial entre los hechos que tienen un valor positivo cultural y los que representan una negación ó desviación radical de la cultura. Con este criterio llegaríamos á un conocimiento cabal y exacto, en primer lugar, de la contribución del espíritu español á la obra común de progreso que significa la civilización moderna; en segundo lugar, del esfuerzo negativo provocado por la reacción contra dicha obra progresiva. La resultante de esta acción y reacción determina el proceso peculiar de nuestro pueblo, como de cualquiera otro de los pueblos europeos.

Si la historia de España es un proceso de decadencia, en el conocimiento de su marcha ascendente y del estado

máximo de su desenvolvimiento tiene que encontrarse la razón de dicha decadencia, que en sí misma entrañaba aquella civilización infecunda; y toda la labor del historiador, después, se reduce á determinar en cada momento el alejamiento de aquel punto de nuestra historia de otros dos puntos extremos: el período máximo de nuestra civilización pasada y la línea máxima de la civilización universal contemporánea; para saber, no sólo lo que hayamos descendido de nuestro pasado, sino la nueva distancia de Europa producida por el incesante ascenso de ésta. Porque la diferencia que habría que salvar, señores, no es la que nos separa de nuestro pasado, sino la que nos separa de la civilización europea contemporánea. La conciencia de esta diferencia y los esfuerzos hechos por salvarla constituyen la acción progresiva característica en los pueblos que han quedado fuera de la corriente central de la civilización; y aunque España no haya llegado á incorporarse á ella, en la valoración de aquella aspiración tendremos, al menos, el índice de la conciencia nacional ante el problema español.

Estas son, señores, las grandes líneas que, según mi entender, han de ser las directrices de la construcción de nuestra historia. Según esta idea el problema radica enteramente en la historia moderna; y por lo tanto queda ceñido y bien delimitado el campo de nuestra observación y la luz á la cual ha de estudiarse, en toda su complejidad, hasta los últimos detalles, teniendo siempre presente en cada caso el punto de referencia de la historia universal. Sería preciso ahora que nosotros tuviésemos presentes los caracteres propios y diferenciales de esta nueva era de la humanidad en que nuestro problema radica; y, ya que esto no es posible su detalle histórico—por falta de espacio y de competencia—indicaré tan sólo aquellos rasgos capitales con los que generalmente se considera que nació á la historia el espíritu moderno.



La Edad Moderna se abre con la revolución espiritual denominada Renacimiento. El Renacimiento, en su más amplio sentido, es el proceso total de transición del mundo medioeval al mundo moderno; la resurrección de la antigüedad clásica es la más potente y característica de las fuerzas que en él actuaron, y á ella solamente se refiere dicha denominación en su sentido estricto. Las grandes líneas diferenciales entre la Edad Media y la Moderna han de buscarse, pues, en el Renacimiento, que significó un cambio total en la posición de los espíritus y, en consecuencia, una nueva orientación cuyo influjo se dejó sentir en todos los órdenes de la vida humana, produciendo esta nueva forma de civilización en que vivimos. La resurrección de la antigüedad clásica, aparte del enriquecimiento que toda aquella cultura perdida suponía, produjo un nuevo espíritu de libertad individual en el ejercicio de la razón y de la fantasía humanas. Por eso se ha dicho que con el Renacimiento nace un nuevo factor histórico: el hombre individual. En la Edad Media el individuo estaba bajo la tutela de instituciones ó ideas de carácter universal; la concepción dominante era la de la Iglesia y el Imperio universales; el esfuerzo mental supremo fué la filosofía escolástica, producto del intento de codificar todo el conocimiento existente bajo ciertas leyes y fórmulas que lo hicieran conciliable con la única Verdad: aquella á la que la Iglesia había dado su sanción. Pero en los siglos xiv y xv nace y se desarrolla en Italia, al calor de la resurrección de la antigüedad clásica, un nuevo movimiento intelectual: el Humanismo, que desde el principio llevó como notas características la aspiración á la libertad espiritual del hombre y al pleno desenvolvimiento de su ser. Se averiguó que las fórmulas, normas y cánones que regían imperiosamente toda actividad humana en la Edad Media, y que se consideraban perfectos é inmutables, no habían existido en otros tiempos en que hombres libres, ejercitando su razón y su fantasía sin más limitaciones ni

normas que las que ellos mismos se ponían ó se creaban, habían producido obras milagrosas que, después de siglos, aparecían como suprema encarnación de la verdad y de la belleza. Y si el primer impulso era la imitación ciega de toda aquella perfección antigua, desde los comienzos dominó un Humanismo profundo que aspiró á poner á los hombres en el camino de crear nuevas obras originales que enriqueciesen el tesoro común de la humanidad. La Italia de estos siglos y el Humanismo son el pórtico de la Europa moderna.

De Italia pasó el Humanismo á los demás pueblos europeos; y, en cada uno, esta semilla ideal, que encerraba la esencia eterna de la cultura, tuvo virtud para producir frutos nacionales, que dieron otra amplitud y otra riqueza al primitivo Renacimiento italiano, convirtiéndolo en el primer estadio de la total civilización europea. La diferencia externa entre el Renacimiento en Italia y en los demás pueblos de Europa estriba en que en aquella fué un producto de lenta evolución, mientras que en estos significó una revolución radical y en muchos aspectos una ruptura con el pasado. Así se explica que en Italia no produjese este movimiento apenas reacción hasta que en el siglo XVI se produjo de rechazo de la provocada fuera, mientras que en el resto de Europa surgieron desde los comienzos poderosas fuerzas de reacción que dificultaron el triunfo y expansión de las nuevas ideas, que sólo se logró mediante una lenta y dolorosa lucha. El nuevo sentido que el Renacimiento entrañaba y que, como hemos dicho, tendía á la plena libertad del hombre, hizo que éste, dueño de sí mismo y consciente de su posición, se volviese á juzgar las instituciones é ideas bajo cuya tutela había vivido en la Edad Media. La Iglesia fué la primera en sufrir las consecuencias de este espíritu, que llevó á los hombres á buscar la libertad en sus relaciones con Dios. El Renacimiento cristiano es un movimiento complejo y profundo, al que aplicaron su genio peculiar, principal-

mente, los pueblos germánicos. Hay que considerar en él dos direcciones principales: una ortodoxa, que tendió á conciliar la conciencia religiosa con las necesidades intelectuales creadas por la nueva ciencia, y para ello, sin discutir el dogma ni la autoridad de la Iglesia, aspiró á un conocimiento directo y seguro del Cristianismo en sus fuentes originales y en su evolución posterior, más allá de las formas intelectuales en que cristalizó conforme al pensamiento y á la ciencia de la Edad Media; de ahí, la crítica de textos hebreos y griegos de la Sagrada Escritura, las ediciones y versiones de ésta, los trabajos de interpretación, y la resurrección y estudio de las obras de los Padres de la Iglesia. La otra dirección, heterodoxa, creó el nuevo estado de conciencia religiosa que entraña la Reforma, estrechamente enlazada en sus comienzos con el humanismo alemán.

Estos últimos resultados del nuevo espíritu, que amenazaba transformar todo el mundo de las ideas, concitó contra él todas las fuerzas, aún pujantes, en que se encastillaba el espíritu medioeval; y la Iglesia católica—la institución universal más fuerte y poderosa que culminó en los siglos medios—fué la directora espiritual de todas las fuerzas reaccionarias que pudo aprovechar ó suscitar en esta lucha que llena la historia moderna. La posición adoptada ante esta lucha definió para siempre á los pueblos europeos: aquellos en que triunfó el Renacimiento con todas sus consecuencias, quedando como el sentido ideal á donde se orientó el genio nacional, fueron y son los creadores de la civilización moderna; aquellos otros en que los gérmenes de las nuevas ideas fueron ahogados por el espíritu reaccionario que informó el genio nacional, quedaron definitivamente como poderes negativos de la cultura. En este momento hay que buscar el hilo de todo el proceso posterior de cada una de las naciones que entonces jugaban un papel histórico.

¿Qué ha pasado en España? preguntábamos. Ahora

podemos preguntarnos más concretamente: ¿Pasó nuestro pueblo real y verdaderamente por el Renacimiento? Yo no me propongo contestar á esta pregunta, cuya contestación ha de dar la clave de toda la historia de España; está aún por hacer la labor histórica monográfica previa á una construcción de carácter general. Me he propuesto simplemente contribuir á colocar lo más claramente que me ha sido posible los términos del problema, para que las brevísimas indicaciones que voy á hacer sobre el pasado de nuestras universidades adquieran significación y valor dentro del problema general de nuestra historia. Y ahora solamente quiero fijarme en algunos momentos culminantes y característicos de la historia de nuestras universidades para formarnos una idea provisional acerca de su desenvolvimiento, mientras salen á luz los materiales sobre que se ha de fundar un estudio más completo y acabado, del que no es esta la oportunidad ni la sazón.

* * *

EN España ha habido dos Universidades que realmente ^{Q^o} han sido nacionales y, en algún momento, universales, es decir, centros internacionales de estudiantes, de maestros y de doctrinas. Me refiero á las de Salamanca y Alcalá. La primera, por su antigüedad y permanencia hasta nuestros días, nos ofrece el ejemplo más significativo de la varia situación de nuestra enseñanza á través de los tiempos; la segunda gozó de su máximo esplendor en el momento que hemos considerado como esencial y decisivo para la vida de los pueblos modernos. En ellas—sobre todo en la primera—he de buscar las grandes líneas del desenvolvimiento histórico de nuestra enseñanza superior, seleccionando los datos conocidos conforme al crite-

rio establecido y añadiendo algunos nuevos que he podido allegar.

La historia de la Universidad de Salamanca, en substancia, podría concretarse en esta forma:

Fundada por decisión real de Alfonso IX á principios del siglo XIII como Universidad del reino de León en competencia con el Estudio general de Palencia, que era la Universidad de Castilla muy pocos años antes creada, al poco tiempo, unidos los dos reinos y muerta por consunción esta última, quedó la de Salamanca como única Universidad de la corona de Fernando III el Santo, hasta que más tarde se fundó la de Valladolid. Se conoce mal el desarrollo interno de las enseñanzas en Salamanca durante la Edad Media, la calidad de sus maestros y el influjo de sus doctrinas; se conoce muy bien en cambio la organización externa y el influjo que sobre ella ejercieron los reyes y los pontífices. Estos datos nos bastan para adquirir la convicción de que la Universidad de Salamanca desde sus comienzos estaba completamente de lleno dentro del carácter de las Universidades de la Edad Media, llegando pronto á adquirir un lugar significado entre ellas.

El primer impulso capital dado á su organización se debió á Don Alfonso el Sabio, que dispuso los estudios conforme al concepto de Universidad desenvuelto en las Partidas, que no era otro que el dominante en la Edad Media. Así quedaron establecidas las cátedras, conforme al *trivium* y *quadrivium* más los estudios jurídicos, en la forma siguiente: dobles cátedras de lógica, física y gramática, una de órgano, dos de leyes, una de decretos y otra de decretales. Los maestros de estas cátedras con un estacionario, un administrador y dos conservadores constituían, con los escolares, toda la Universidad ó sea el «ayuntamiento de maestros e de escolares que es fecho en algun lugar con voluntad e entendimiento de aprender los saberes». Todos los *saberes* de la época están conteni-

dos en el plan de Alfonso el Sabio, pues la medicina, astrología y matemáticas están englobadas en la física, quedando fuera solamente, como en todas las Universidades de aquel tiempo, la teología, que tenía entonces su asiento natural en los claustros de los conventos y catedrales.

Ya en 1255 merecía la Universidad de Salamanca ser declarada por la autoridad apostólica de Alejandro IV uno de los cuatro Estudios generales del orbe; declaración repetida por el concilio de Viena en 1311. Durante los siglos XIII y XIV los reyes y los pontífices rivalizan en favorecerla con privilegios y exenciones, sin que tengamos que extrañarnos de la intervención del papado en estos institutos sometidos á la autoridad real. La autoridad espiritual del pontífice se ejercía constantemente sobre las Universidades, principalmente sobre aquellas que como la de París ó Bolonia habían sido declaradas, por la única autoridad universal con poder para ello, Estudios generales del orbe. Así pues, fueron varios los pontífices que dieron á la Universidad de Salamanca las constituciones por que se regía, sin que los reyes dejasen de intervenir al mismo tiempo con plena autoridad. Pero la intervención tanto de unos como de otros solía limitarse á cuestiones administrativas ó de disciplina. De todos ellos el que ejerció un influjo más transcendental sobre la Universidad fué el antipapa Benedicto XIII. Este ilustre cardenal aragonés, antiguo alumno de aquella escuela, realizó en ella reformas que tocaron á lo esencial de su organización, dando nueva amplitud y orientación á los estudios; su intervención, que empieza hacia 1380, se tradujo en 1416 en Estatutos de carácter general, cuya novedad más saliente consiste en la fundación de la facultad de teología, de acuerdo con la corriente general entonces de incorporar á las Universidades estos estudios, que, como hemos visto, en un principio eran ajenos á ellas. Así es como en el siglo XV llega á imperar la Teología en la Univer-

sidad de París, que era la que daba la pauta á las demás Universidades de la Edad Media; en Salamanca, en este siglo, todavía sigue siendo la facultad dominante el derecho, canónico y civil, y hay que esperar al siglo XVI para llegar al mayor florecimiento de los estudios teológicos. Según los Estatutos de Pedro de Luna quedó constituida la Universidad en veinticinco cátedras: seis de cánones, cuatro de leyes, tres de teología, dos de medicina, dos de filosofía natural y moral, dos de lógica, una de astrología, otra de música, otras de lenguas hebrea, caldea y arábica, otra de retórica y dos de gramática latina.

Estas mismas enseñanzas, sin ampliación de ningún género, siguieron en Salamanca durante el siglo XV hasta que, á fines de éste, el ejemplo de otras Universidades, sobre todo la de París, movieron al claustro á crear nuevas cátedras. En 1480, se crean otras cátedras menores en todas las facultades, y además dos de Instituta y dos de Regencia de Artes; poco después se instituyen otras dos de teología para leer Santo Tomás y Escoto, otras cuatro de cánones, dos de Código y una de Physicos de Aristóteles. En fin, en el año 1508 «estendióse por todas partes la fama de los filósofos y theólogos nominales que en la Universidad de Paris florecían, (y) porque al estudio de Salamanca no le faltase nada de lo que en otros había, imbiaron ciertos hombres doctos á París para que con grandes salarios trujesen los más principales y famosos hombres que de los nominales hallasen; y así, trujeron personas de mucho nombre para leer Theología nominal de que entonces se hizo una cáthedra en que se leía á Gregorio de Arimino y ahora Durando; y para quatro cursos de Lógica y Filosofia, dos por la orden de los nominales y dos de los reales, por el modo y forma que en aquellos tiempos en la Universidad de París se leían. Instituyóse más aquél año una cáthedra de Digesto Viejo; mandóse que de las quatro de Cánones fuese la una de Clementina. Ytem se instituyó otra cáthedra de Griego;

que fué la primera que de ello se leyó en Salamanca». (1)

He aquí, en estas dos líneas finales, la primera noticia de las reunidas por la solicitud del Maestro Chacón, que entraña para la historia de la Universidad de Salamanca el principio de una nueva era. El conocimiento del griego se había perdido del todo en el Occidente durante la Edad Media, y su resurrección, con la de la cultura helénica, representa en el Renacimiento una corriente más trascendental que la de la cultura romana, que en mucha parte quedó viva durante los siglos medios. El latín, como lengua universal de la Iglesia y de la ciencia, en que se hablaba en las escuelas y se escribían todo género de libros graves, era conocido por las personas cultas y enseñado en las escuelas; por tanto, la existencia de cátedras de latín en las Universidades, tanto en la Edad Media como en la Moderna, es un hecho que, en sí, carece de significación; porque podían existir simplemente como medio necesario á todo escolar, sin que fueran vehículo del espíritu y de la ciencia humanistas, que es lo característicamente moderno. La creación de la cátedra de griego, en cambio, es un hecho que nos coloca de lleno en la Edad Moderna; porque es el primer indicio del influjo renacentista en la Universidad de Salamanca.

La creación de dicha cátedra debió ser también inspirada por la imitación de la Universidad de París que entraña todo el párrafo citado; pues precisamente es este el momento de transición en que en aquella Universidad, que fué el más grande de los poderes intelectuales de la Edad Media y en la que se mantuvo más tiempo el espíritu reaccionario contra las nuevas ideas, empezaban estas á adquirir consistencia y estabilidad al lado de la teología

(1) *Historia de la Universidad de Salamanca* hecha por el Maestro Pedro Chacón; se conserva ms. en la Biblioteca de dicha Universidad. — Esta historia escrita en 1569, no ha sido superada hasta ahora, y ella, con los documentos reales y pontificios que en aquel archivo se conservan, son la fuente principal de cuanto venimos diciendo.

y de la lógica que aún estaban en su mayor florecimiento. Precisamente el mismo año de 1508 empezó á explicar griego en aquella Universidad el célebre italiano Jerónimo Aleander; pero mucho antes de éste—y por lo tanto de la fecha en que empezó á enseñarse en Salamanca—se enseñaba en París por el griego Gregorio Tiferinas en 1458 y después por el eminente Juan Lascaris que llegó á ser Rector de la Universidad.

El Humanismo había llegado á la Universidad de Salamanca antes de que en 1508 se instaurara la enseñanza de la lengua griega, merced á las cátedras de gramática latina, una de las cuales desempeñó Antonio de Nebrija, el tipo más puro y elevado del humanista español. Estamos en el momento en que aquí y en todas partes el impulso favorecedor del Renacimiento venía de fuera de las Universidades y se imponía á éstas; en España se podía reunir un buen caudal de ejemplos, durante todo el siglo XV, de personas de alta jerarquía aficionadas á los nuevos estudios que venían de Italia; de traducciones de clásicos, de formación de bibliotecas y colecciones, de toda esa primera fase ingenua del Renacimiento. En el reinado de los Reyes Católicos se agudizan todos estos síntomas: hay núcleos reducidos y aristocráticos que acogen con fervor los nuevos estudios y protegen á los cultivadores de ellos; los primeros humanistas, á esta sombra, pueden vivir y trabajar y publicar sus libros; la reina Isabel da el ejemplo estudiando latín y patrocinando á los humanistas y á sus obras; varios italianos más ó menos cultos son preceptores de los nobles que quieren estar al día. Son unos cuantos años en que todo parece contribuir á propagar por España la nueva ciencia y llevar á la médula del país el espíritu del Renacimiento. La figura más saliente entonces es Antonio de Nebrija que traía de Italia—donde estudió diez años—además de una erudición nada común, el espíritu optimista del Renacimiento triunfante de la Italia del si-

glo XV, la de los grandes humanistas. Así Nebrija empieza á enseñar en las Universidades y á publicar sus obras originales—que le colocaron á la cabeza de todos los humanistas españoles contemporáneos y futuros—con la fe ardiente, «comparable sólo á la de los que en tiempos antiguos predicaron la cristiana fe», de que su misión no acababa en la enseñanza del latín, sino que con ella libertaría á España de la barbarie. La obra era penosa; pues, si hemos de creer á Marineo Siculo, tenían tanta aversión los españoles al estudio del latín que era más difícil inclinarlos al cultivo de esta lengua que atraer á los viejos y depravados judíos á la religión cristiana.

No hay indicios de como la Universidad recibiría á Nebrija y á los otros humanistas típicos que tuvo en estos últimos años del siglo XV y primeros del siglo XVI. Sólo sabemos que Nebrija, protegido y honrado por la corte y con una fama no igualada por ningún otro maestro, salió de la Universidad de Salamanca derrotado en oposiciones á su propia cátedra: según nos cuenta Pedro de Torres—colegial de S. Bartolomé que llevaba un Diario de los sucesos importantes ocurridos en Salamanca—con estas escuetas palabras: "A. D. 1513. Die 17, 18 Julii. Estando vaca una Cátedra de Gramática de prima, en la que no se podía leer otra cosa sino el Arte de Gramática que hizo Antonio de Lebrija, ni se podía leer otra Arte de Gramatica en todas las escuelas, por estatuto de la Universidad, e opusose el mesmo Maestro Antonio de Lebrija á la Cátedra para leer su Arte, y todo el Estudio favoreció á un rapaz de Castillo que la llevó con mucho exceso de votos. Fuit die 18 vel 19 Julii, A. D. 1513". Esta noticia tiene dos caras: en una se vé como la Universidad había acogido el nuevo sistema de enseñanza que significaba el Arte de Antonio; en la otra, la falta de conciencia científica de la muchedumbre escolar—que proveía por votación las cátedras—en la que no había prendido la semilla del Renacimiento, que conmovía de entusias-

mo á la juventud de todos los países. Acordémonos solamente de aquellas lecciones públicas que en su patria daban los humanistas italianos á muchedumbre de escolares de todos los pueblos de la tierra, —entre los que se sentó Nebrija— que se congregaban allí como para escuchar la buena nueva.

Acababa de fundar Cisneros el Colegio-Universidad de Alcalá; y allá fué Nebrija al lado de su amigo y protector; no fué difícil á Cisneros arrancar á Salamanca los maestros de más valía: Alfonso de Zamora, Pedro Ciruelo, Chacón y otros. Se ha dicho que la Universidad de Alcalá es la Universidad del Renacimiento que vino á ocupar, en esta época en que nació, el lugar preminente que la Universidad de Salamanca ocupó en la Edad Media. Esta afirmación no es exacta; lo sería si la Universidad de Alcalá hubiera estado inspirada en la orientación con que nació, por ejemplo, el Colegio de Francia, consagrado especial y únicamente á los estudios humanistas. Ya he dicho que la característica de las Universidades del siglo XV consiste en el desarrollo máximo de los estudios teológicos; y precisamente Cisneros quiso fundar la suya para llenar los vacíos que en esta facultad ofrecía la de Salamanca, donde seguían predominando los estudios jurídicos. La Universidad de Alcalá aspiraba á ser en la mente de su fundador una facultad de Teología con el desarrollo pleno que estos estudios á la sazón alcanzaban, admitiendo las demás facultades en cuanto eran auxiliares necesarios para el cultivo de aquella ó preparación adecuada para un teólogo. Así es que la filología, la disciplina central en el Renacimiento, era admitida en la Universidad de Alcalá como *ancilla theologiae*; y no se enseñaba en ella ninguna rama de las humanidades que no tuviera su correspondiente cátedra en Salamanca. Lo que ocurrió fué que los principios de la Universidad de Alcalá están enlazados á otra obra magna que llevó á cabo la energía de Cisneros: la composición de la políglota com-

plutense, el mayor monumento del humanismo español y la contribución más valiosa de España al Renacimiento cristiano.

El Renacimiento cristiano, en su dirección ortodoxa, ofrece tres fases, bien definidas: el siglo XV fué la época de la recolección de documentos y formación de bibliotecas; el siglo XVI fué la edad de la publicación de textos; y el XVII la de la crítica é interpretación de estos. Fué una labor de tres siglos de trabajo incesante en la que colaboraron humanistas de primera fila de toda Europa, en el centro de los cuales hay que poner el nombre de Erasmo de Rotterdam. La políglota complutense está en la aurora del segundo período—el mismo que llena la figura de Erasmo—y fué desde luego el primero y uno de los más importantes intentos de presentar al mundo la Biblia en su original.

Algunos de los filólogos que Cisneros reunió para componer su Biblia quedaron de maestros en la Universidad, donde, desde su fundación, quedó instituída la enseñanza del griego que desempeñaba Demetrio de Creta, á quien Cisneros trajo de Italia; así como también la del hebreo, á cargo de Pablo Coronel, significado colaborador de la políglota. Esta selección del profesorado—ya he citado otros nombres significativos—y el esfuerzo intelectual que representa la políglota, dieron á esta Universidad, mientras vivió su fundador, una brillantez desconocida en España que fué estimada como una esperanza por el mismo Erasmo.

Pero la Universidad no superó nunca después este primer estado que alcanzó apenas nacida; por el contrario, la decadencia se inició al morir Cisneros y sólo la teología dogmática y el derecho canónico—lo mismo que en Salamanca—mantienen en aquella centuria su vitalidad. Los mismos estudios de Sagrada Escritura, allí donde se compuso la políglota, decayeron de tal modo y tan rápidamente que no vuelve á encontrarse un maestro digno de

mención; y si queremos encontrar alguno, hay que buscarle en la Universidad de Salamanca, como veremos después.

Estos son los datos de más bulto que tenemos de la introducción del Humanismo en las dos Universidades, rivales por competencia de intereses, pero no por diferencia de orientación espiritual. Estos datos son muy semejantes, con diferencias de tiempo, de cantidad ó de calidad, á los que ofrecen los demás pueblos de Europa á donde el Humanismo pasó desde Italia. Italianos y griegos trashumantes, españoles formados en Italia, difusión de las ideas erasmianas, iniciación de la producción original, protección regia, afición de las personas que por su posición social aspiraban á ser hombres de su tiempo: estos son los síntomas de la primera fase de la introducción del Humanismo en los pueblos europeos, previa al surgimiento del Humanismo nacional. Si hemos encontrado ejemplos de reacción universitaria, no debemos extrañarnos, porque la misma conducta siguieron en todas partes las Universidades de la Edad Media.

Ahora bien, en toda Europa, á esta fase primitiva de la difusión de las ideas elaboradas por el Renacimiento italiano y por la obra de sentido más amplio y complejo de Erasmo de Rotterdam—padre del Renacimiento europeo—, sucedió inmediatamente el arraigamiento de las nuevas ideas y del nuevo sentido de la ciencia y de la vida en el suelo nacional, encarnando en grandes espíritus que señalaron, con sus obras, direcciones propias definitivas al pensamiento de su país, que, unidas en la comunidad intelectual europea, constituyen una nueva fase más madura de la cultura moderna. En España, al menos en la Universidad española, ocurrió todo lo contrario.

Ya hemos visto la suerte de los estudios bíblicos en la Universidad de Alcalá. Veamos ahora la suerte de las humanidades en la Universidad de Salamanca. No ha-

blaré de otros humanistas que enseñaron en ella al mismo tiempo que Nebrija ó en años posteriores — como Arias Barbosa, Fernán Núñez ó Fernán Pérez de Oliva — que en realidad, aparte de su labor sobre puntos concretos, no añadían nada al sentido del Humanismo que aquel, más significadamente, representa.

Por de pronto he de hacer constar el hecho de que, fuera de las facultades de teología, cánones, leyes y medicina, no se introduce ninguna enseñanza nueva, desde la instauración del griego en 1508 hasta fines del siglo XVIII, Ahora, pasemos adelante.

El espíritu moderno es mantenido en aquella escuela en el siglo XVI por dos figuras de gran relieve: el Brocense y Fray Luis de León.

El Brocense cierra la serie de los humanistas que enseñaron en la Universidad de Salamanca, y nos ofrece un ejemplo, solitario pero enteramente nuevo, del humanista español. Los primeros humanistas tenían delante un camino áspero y penoso; pero la serie rápida y sorprendente de triunfos logrados en todas las naciones les hacía creerse dueños del mundo y no vacilaba un momento su fe. El Brocense nace cuando ya había pasado la fase del fervor renacentista y, desliudados los campos, trabajan los grandes humanistas extranjeros más sólida y serenamente, mientras se daba en el mundo la batalla en el campo de la religión. El Brocense nace lo suficientemente tarde para darse cuenta de que su misión no consiste en trabajar sobre la base asentada ya para siempre por sus predecesores, sino que, fracasado el intento de éstos, era preciso volver á empezar. Y es la primera vez que un español tiene conciencia del atraso de España en un aspecto substantivo de la cultura y de una diferencia de nuestro pueblo con Europa.

Su formación — á diferencia de los humanistas anteriores — es nacional, y sólo á través de los libros conoció el desarrollo de la cultura europea. Las noticias que nos



da de sus estudios en Salamanca y por lo tanto del estado de la Universidad, demuestran que ésta, en 1545, era más refractaria al sentido humanista que en tiempo de Antonio de Nebrija. Según el Brocense, sus maestros, cuando empezó á estudiar Artes, no sólo ignoraban las lenguas griega y latina sino que huían de ellas con espanto, y todas sus disputas versaban sobre *suposiciones*, *ampliaciones*, *restricciones*, etc. Empieza más tarde á estudiar teología y abandona los estudios por incompatibilidad espiritual con el escolasticismo dominante. Al fin encuentra en el *Comendador griego* un buen maestro de humanidades, que le encauzó definitivamente en estos estudios, moribundos ya en aquella Universidad refractaria. ¿No salta á la vista la semejanza de esta experiencia personal universitaria del Brocense en el *siglo de oro* de aquella escuela, con la que tenemos los que acabamos de salir de las aulas?

El Brocense se cree elegido para llevar á cabo la obra en que Nebrija y sus predecesores habían fracasado. Él mismo nos cuenta cómo allá en su niñez oyó contar á su padre que Nebrija, viejo y enfermo en el lugar de las Brozas, se condolía de dejar imperfecta su labor. Y desde entonces, en la mente del niño, se formaba el propósito de ser el continuador de aquel maestro venerable; propósito que se afirmó en el curso de su vida, conforme iba viendo que si Nebrija dejó vencidos innumerables monstruos, eran muchos más los que quedaban por vencer. Estoy hablando, señores, con palabras del Brocense.

La labor universitaria del Brocense ocupó su larga vida, y es admirable la constancia de aquél hombre que luchó solo, hasta la hora de la muerte, en un medio adverso á toda innovación. Además de las obras que compuso—que no es este el momento de valorar—se ve en los libros de claustros de su tiempo una cierta preocupación por las enseñanzas clásicas, sobre todo la latina, debida sin duda á su influjo personal. Pero la Universidad estaba pasivamente en contra de él; también los estudian-

tes, como á Nebrija, le negaron sus votos en unas oposiciones en que triunfó un clérigo vulgar; y era considerado, en general, como hombre peligroso y arrojado—para usar el término corriente en los procesos de la Inquisición—de espíritu aventurero, amigo de innovaciones. Esto era lo que no se podía tolerar en la Universidad de Salamanca en el siglo XVI: las innovaciones de cualquier orden, aunque no entrañasen heterodoxia. Así es que la enemiga de la Universidad hácia el Brocense, contenida mucho tiempo por el respeto al prestigio de éste, se fué agudizando con el tiempo y traduciéndose en denuncias á la Inquisición, en que ésta se mostró más piadosa aun que muchos de los miembros de la Universidad, pues sólo ante la repetida insistencia de las denuncias de estos se atrevió á abrir proceso contra el Brocense. Este dato, con otros muchos, puede servirnos para no caer en la idea vulgar de creer que la Inquisición fué la que ahogó el pensamiento original de los españoles. La Inquisición realizaba su labor á satisfacción de la opinión general del país que, si se quejaba de algo, era de su blandura. Las ideas no mueren por la opresión de un poder externo; las ideas mueren tan sólo cuando no encuentran espíritus donde prender.

No quiero detenerme á examinar las opiniones del Brocense que provocaron su proceso—ya publicado íntegro—; las más de las acusaciones son tristemente grotescas. Baste saber que ninguna de las proposiciones aducidas es heterodoxa, y que todas giran en torno á puntos concretos de las humanidades, muchas respecto de la ignorancia de los teólogos, acerca de los estudios bíblicos. Un buen fraile denunciador expresa claramente el espíritu de la denuncia, diciendo que el Maestro Sánchez tenía «paradógicas opiniones en materia de Gramática, Latinitad, Lógica y Filosofía... y le hacía Dios merced en no meterse en Teología, porque quien en cosas tan llanas, como las que ha dicho, tropezaba y se apartaba de las opi-

niones comunes, si lo hiciese en Teología correría mucho peligro; es ansí que aunque el hombre parece hombre sencillo, y lo debe ser, *pero tiene un ingenio amigo de ir contra lo común*.

El Brocense, viejo y achacoso, murió en Valladolid antes de terminar el proceso. La Universidad, menos piadosa que la Inquisición misma, no hizo por su alma las honras fúnebres á que tenía derecho como Maestro y que fueron autorizadas por el Santo Tribunal. No dejó ningún discípulo; no encontró, como Nebrija, otro Sánchez de las Brozas que tomase á su cargo la labor de continuar su obra, en la que había fracasado también.

Otra lucha más agria y más dura, porque se daba en la facultad de teología misma, hay que considerar en estos años; de la que fué portaestandarte el Maestro Fray Luis de León, con los Maestros Grajal y Cantalapiedra. Representan estos nombres en la Universidad de Salamanca el último esfuerzo tardío por incorporar á la teología dogmática dominante el sentido moderno de los estudios bíblicos, basados en la filología; estudios impulsados un tiempo, de manera brillante, por el intransigente Cisneros. Más intransigente todavía la Universidad de Salamanca en la segunda mitad del siglo XVI, no sufría la idea de acudir á fuentes hebreas, aunque fuera con un criterio estrictamente filológico. En Fray Luis de León era imperdonable además el hecho de traducir en lengua vulgar libros sagrados y de apartarse, en puntos concretos de traducción literal, de la opinión de San Jerónimo ó de la Vulgata.

Esta lucha, en la que se consideraba á Fray Luis y á sus amigos como *judíos y judaizantes*, acabó llevándolos á las prisiones de la Inquisición, que, más piadosa que la Universidad misma, los absolvió al fin, permitiéndoles seguir escribiendo. El proceso de Fray Luis está publicado también, y no es necesario insistir más sobre este punto. Sólo diré que estos maestros no tuvieron discipu-

los; y que los estudios de Sagrada Escritura, que llegaban entonces á su grado máximo en toda Europa, murieron para siempre en la Universidad de Salamanca.

Voy á cerrar este bosquejo de su desenvolvimiento hasta finalizar el siglo XVI con las mismas palabras que el Maestro Chacón pone como final y resumen de su historia: «... sea propia honra y gloria de la (Universidad) de Salamanca que, habiendo habido después que ella se fundó muchas y grandes alteraciones en estos Reynos, y en los tiempos pasados y presentes muy perxudiciales herejías en desacato y vilipendio de la Iglesia Romana, que se han estendido por las partes de la Christiandad y personas de las Vniversidades de ella, teniendo siempre en las manos los que deste Estudio han salido el gobierno del Reyno y los más preeminentes lugares de la Iglesia, hasta hoy no se ha hallado, ni en las historias ni en la memoria de los hombres, que ninguno que de principio haya sido instituído en ella, haya sido ni desobediente al Papa ni desleal al Rey, ni convencido ni aún sospechoso de heregía, antes al contrario, todos lealísimos servidores de sus Reyes, obedientísimos á los mandatos de la Sede Apotólica y aficionadísimos á sustentar y defender la autoridad y dignidad y poderío della; y tan recatados en cosas de herejías y opiniones nuevas que viniendo vn Maestro de otra Vniversidad, gran letrado, á leer vna cathedra de theología á Salamanca y fundando en su lectura cierta opinión nueva acerca de la confesión y poder del Papa, y atreviéndose después á imprimirla, siendo primero convencido de ella, mandó la Universidad que en día señalado se hiciese una solemne procesión en que se hallasen todás las personas del Estudio, y que con ceremonias santas se desinviolase de las Escuelas, y en la Capilla de ellas se celebrase una misa, del Espíritu Santo, y un sermón en que la tal opinión se detestase, y acabado el oficio, en medio del patio, en presencia de todos, se quemase la cáthedra donde se había leído y los libros donde estaba escrita; y

no se partieron de allí hasta ser todo vuelto en ceniza.»

No pretendo, al citar este párrafo, imputar al catolicismo la causa de la decadencia de nuestra Universidad; en otras Universidades y en otros países siguió más ó menos viva la religión católica y se realizaron actos semejantes al que se llevó á cabo en Salamanca con la cátedra de Pedro de Osma, en persona de profesores eminentes; y, sin embargo, fué posible la difusión y el triunfo de las nuevas ideas inmortales. El mal no estaba en que dominasen estas ó las otras ideas; sino en que lo típico de la mente española era usar de ellas como de coraza para defenderse de otras ideas posibles, en vez de usarlas como luz para satisfacer la curiosidad del espíritu y avanzar en la conquista de la verdad. El mal no estaba en las opiniones existentes; sino en la pétreo cerrazón contra toda opinión nueva. Y la historia del pensamiento humano es la historia de las opiniones nuevas.

Yo creo, señores, que en la Universidad española no llegó á entrar real y verdaderamente el espíritu y la ciencia del Renacimiento. Hubo, sí, luchadores aislados y pequeños grupos que, ó no tuvieron voz suficiente para hacerse oír, ó su voz fué ahogada por el odio y la incomprensión de los demás. Es el hecho que estos hombres y sus doctrinas nunca llegaron, no ya á imperar en la Universidad, pero ni siquiera á convivir en paz con los otros hombres y doctrinas dominantes; siempre vivieron como extranjeros en tierra enemiga.

De intento no he querido hablar del esplendor de la teología, el derecho canónico y el civil, durante el siglo XVI en las tres Universidades de Castilla: Alcalá, Salamanca y Valladolid. Han faltado historiadores suficientemente versados en estas disciplinas para poder apreciar en su justo valor lo que de original haya puesto el espíritu español en esas ramas del saber, á las que se consagró de lleno la más numerosa y quizá la mejor parte de la mentalidad española. En todo caso, conforme á las ideas metodoló-

gicas que al principio expuse, he querido fijarme tan sólo en la disciplina reguladora en aquel siglo, en la específicamente moderna: el Humanismo.

De ahora en adelante, para historiar los siglos XVII y XVIII, habría que tener presentes las direcciones científicas características del pensamiento europeo en estos siglos. Pero es inútil; porque la historia de la Universidad española no nos ofrece ya hechos positivos ni negativos que valorar. No se reforman ni amplían las enseñanzas; las mismas disciplinas prósperas en los siglos anteriores arrastran una vida lánguida y rutinaria; no hay intentos siquiera de introducir nuevas corrientes de pensamiento. La Universidad española vive ajena al portentoso movimiento intelectual de Europa en los siglos XVII y XVIII, en los que realmente se crea la civilización moderna para la cual preparó los espíritus el Renacimiento.

Hay que esperar casi doscientos años hasta que la Universidad de Salamanca ofrezca en su vida interna algo que signifique conciencia de su situación y deseo de acercarse á las corrientes vivas de la civilización europea. Durante el siglo XVIII, que significa en nuestra historia este lento despertar de la conciencia nacional, quizá el organismo en que más tardíamente aparece este sentimiento es la Universidad de Salamanca, donde no adquiere consistencia sino hasta el último tercio del mencionado siglo.

Antes aparece en ella un precursor aislado: D. Diego de Torres Villarroel, personaje grotesco y extravagante, pero que tenía raras condiciones de inteligencia y un profundo amor á la verdad. Desempeñó desde 1726 la cátedra de Astrología y Matemáticas, "que había estado treinta años sin maestro y ciento cincuenta sin enseñanza". Las obras de D. Diego de Torres nos dan idea del lamentable estado en que se encontraba la Universidad en la primera mitad del siglo, y, lo que es peor, de la ceguera de su profesorado, incapacitado por rutina secular

para hacer el menor movimiento hacia la cultura. Don Diego de Torres, despreciado y acosado por sus compañeros, gastó en vano sus energías para mejorar la enseñanza de las matemáticas; al fin de su vida, cuando había llegado á formar algún discípulo intentó crear una Academia de matemáticas, para ampliar y practicar estas ciencias, de las que sólo había una cátedra en la Universidad. El Claustro se opuso é informó al Real Consejo en contra de la creación de dicha Academia, que consideraba "oficina de su deshonor". No entendieron la voz de Torres que decía: "El mundo está ya de otro humor que el que tenía cuando se fundó la Universidad de Salamanca y los hombres de esta época aspiran á otras máximas y otros estudios más conformes al genio del siglo"; y es preciso decir ahora lo que Torres no quería que se dijese: "Que no se diga en los siglos venideros que la Universidad de Salamanca por los años de 1761 dudó ó se opuso á la enseñanza y adelantamiento de los ejercicios prácticos de unas ciencias de tanta necesidad".

Pocos años después de la muerte de Torres Villarroel, por una serie de circunstancias largas de explicar, empieza á producirse en Salamanca un movimiento poderoso á favor de las ideas modernas, que provocó al fin y al cabo una triste y vergonzosa lucha en el seno de la Universidad. Salamanca era, por estos años, el centro literario más importante de España. Vivió en ella algún tiempo Cadalso, que había viajado por el extranjero y tenía conciencia plena del atraso de España; este hombre escribió aquellas palabras que pueden ponerse como lema del grupo que á su alrededor se iba formando: "Cultivemos las ciencias positivas para que no nos llamen bárbaros los extranjeros". Jovellanos, el tipo más noble y ejemplar de esta corriente reformadora, estaba en relación constante con sus amigos de Salamanca, sobre los que ejerció un influjo decisivo. Forner enseñaba en la Universidad. Empezaba á darse á conocer Meléndez. Alrededor de estos

hombres existía un grupo selecto de literatos y de profesores. Se abrió en la ciudad una librería donde sólo se vendían libros extranjeros. Se publicaba el interesante *Semanario de Salamanca*.

Todos estos factores produjeron una actividad intelectual que necesariamente tuvo que reflejarse en la Universidad. Se inició la escisión en el claustro, precisamente con motivo de la provisión de la vacante que D. Diego de Torres había dejado. Para su mejor provisión, informan al fiscal del Consejo dos catedráticos de los *modernos*—como entonces se les llamaba—en esta terminante forma: "...la Universidad no se halla en estado de juzgar sobre opositores á esta cátedra, porque hay pocos graduados que entiendan lo que son Matemáticas, cosa que V. S. I. tendrá presente para lo que ocurra... Igualmente suplicamos que, para nuestra reforma, olvide V. S. I. su innata benignidad, tratándonos con rigor, pues está ya tan apoderado el mal, que se burlará de toda suave providencia". En cambio los *peripatéticos*—como se llamaba al grupo reaccionario—tenían este sentir: "Los principios de Newton, si bien disponen al sujeto para ser un perfecto matemático, nada enseñan para que sea un buen lógico ó metafísico. Los de Gassendo y Cartesio no simbolizan tanto con las verdades reveladas como los de Aristóteles. Lo segundo, porque, aun cuando nouviéramos este tropiezo, que él solo debía bastar para excluir estos principios de las aulas católicas, hallamos que giran sus sistemas sobre principios voluntarios de que deducen también conclusiones voluntarias é impersuadibles".

Las reformas, partiendo del poder central, no se hicieron esperar. De su resultado puede juzgarse por las siguientes palabras de Forner, escritas siendo fiscal del Consejo, con motivo de las últimas luchas en el claustro de Salamanca al finalizar el siglo: "Se cuentan ya veintiseis años desde que se estableció la primera reforma de los Estudios; y dónde están los grandes hombres que se



han criado en las Escuelas? Tales cuales luces que algunos alumnos han adquirido fuera de las aulas inflaman la indignación del partido antiguo, y al fin, multiplicado algún tanto el de los llamados modernos, ambas facciones han venido á las manos abiertamente, y ya todo es guerra y combate obstinado en los gimnasios de la sabiduría”.

Se daba entonces la primera y última batalla clara y expresa por las ciencias y la filosofía. Los directores del movimiento eran D. Juan Meléndez Valdés—que propuso al claustro la creación de un Colegio de Filosofía—y los dos catedráticos de Matemáticas, D. Judas Tadeo Ortiz y D. Juan Justo García, matemático distinguido éste último. El movimiento era favorecido por el Rector D. Diego Muñoz Torrero. Esta lucha empezó en 1787, y hubiera durado hasta hoy, si los sucesos históricos que ocurrieron al doblar el siglo XVIII no hubieran alejado á los más de los profesores de sus cátedras, hasta terminar temporalmente con la vida de la Universidad.

El Colegio de Filosofía se fundaba, según un plan sistemático, para enseñar lógica y matemáticas y además física y ciencias naturales. Empezó á funcionar por autorización del Real Consejo; pero su vida fué corta y amarga. »No hay necesidad de que nos cansemos en desmenuzar la historia de nuestra ignominia», decía Forner dirigiéndose al Real Consejo, con este motivo, en luminoso informe. Tampoco quiero yo sacar á la luz pública las afirmaciones estupendas que tengo á la vista, pronunciadas y escritas por los catedráticos de Salamanca á fines del siglo XVIII en las discusiones de los claustros y en los informes y acusaciones dirigidos al Consejo de Castilla. Diré, solamente, copiando á Forner, que "no hay atrocidad, no hay abominación que el partido peripatético deje de imputar al Colegio de los Filósofos. Si se hubiera de dar fe á los cargos que les han acumulado en las abundantes delaciones que hierven en el expediente con furor inaudito, sería preciso renovar la escena del Dr. Cazalla y en pública hoguera

abrasar á todos los Maestros del Colegio; festividad que acaso no merecería el desagrado del indulgente y caritativo Peripato. Sin embargo, por un laudable acto de cristiana moderación, se contentan dichos acusadores con pedir se les declare impíos, corruptores de la juventud, perturbadores de la seguridad pública, enemigos de la constitución nacional, propagadores de máximas perversas; que se les prive de sus cátedras, de sus honores y de sus sueldos y que se aniquile el Colegio por los cimientos. Y es lo más singular que toda esta enorme máquina de acusaciones horrendas se funda en meras conclusiones apoyadas por el Colegio, en las cuales intentaba defender uno de sus alumnos que el camino de la felicidad en esta vida es la virtud». Las razones más elevadas que aparecen en los informes son de dos clases: unos sostienen abiertamente «*que es vano el estudio de las matemáticas y de las ciencias naturales; y otros opinan que el estudio de la Filosofía no debe fomentarse con el establecimiento de Colegios destinados únicamente á enseñarlos, por el peligro que hay en que sus alumnos se proponen á raciocinar sin sujeción á las máximas del Estado y de la Iglesia.*»

Basta ya, señores; estamos en el año de 1796. No quiero penetrar en los años sombríos del primer tercio del siglo XIX; en los que la Universidad española llega á un grado de abyección no igualado en épocas anteriores. Después, una vez rota la tradición, suprimida la facultad de Teología, los Colegios, la autonomía administrativa de las Universidades, se ha creado, por larga serie de disposiciones ministeriales, la organización universitaria en que vivimos, en la que no queda de lo antiguo más que este traje pomposo que nos ponemos una vez al año y que quiere parecerse al que antiguamente se usaba en las Escuelas.

* * *

PERDONAD, compañeros, si con esta revisión intelectual y fría de nuestro pasado, he despertado en vuestro espíritu el dolor antiguo, tan antiguo como la conciencia moderna en la mente de un español. Sólo el dolor, hijo de esta conciencia, puede preparar nuestros espíritus y mantenernos en la comunidad de labor y en la unidad de dirección precisas para realizar la obra que reclaman las necesidades espirituales de nuestra patria, que no son otras que las de cada uno de nosotros.

Cuando Forner trataba de investigar las causas de la triste situación de la Universidad en su tiempo, expresaba esta idea: «A pesar de la gran cultura que en el siglo XVI se introdujo en las Universidades de España, nunca fué bastante para desterrar de ellas totalmente el amor á los métodos y opiniones de los siglos medios... Aquella cultura se injertó en el árbol amargo de las Escuelas; pereció el injerto y el árbol volvió á producir frutos ásperos y salvajes». Del ensayo histórico que precede se deduce la misma conclusión: en España no ha habido nunca Universidad moderna.

Los hechos que hemos tenido á la vista nos imponen, para la totalidad de nuestra historia, la hipótesis de que España no ha sido nunca un pueblo moderno, que el estado máximo de su civilización en el siglo XVI es, en su corriente más poderosa, la última floración de la cultura medioeval, sobre la cual flotaron débiles corrientes de la cultura moderna, que no llegaron á producir una forma propia, duradera y fecunda de cultura moderna nacional. Más tarde nuestra historia se reduce á los intentos frustrados de minorías selectas ó de individuos aislados para incorporarnos á la marcha de la civilización.

De modo, señores, que no hay diferencia esencial entre

el problema que tenemos delante y el que tenían, Nebrija en el siglo XV, Fr. Luis de León y el Brocense en el XVI, Forner y Jovellanos en el XVIII; no hay más diferencia que la de los tiempos. Nosotros tenemos que salvar cuatrocientos años de historia moderna y carecemos del apoyo de ciertas fuerzas sociales que ellos tuvieron en su mano; pero en cambio nosotros tenemos una idea más clara y precisa de la dirección que hay que seguir y de los escollos que hay que evitar, y tampoco nos faltan fuerzas sociales que aprovechar, y que nos sacarán del estancamiento, si estamos preparados para dirigir la nave de nuestra patria flotando sobre ellas. Me refiero, principalmente, al internacionalismo, que parece va á ser el carácter de la nueva era que se está abriendo en la historia de la humanidad.

Yo creo, señores,—para decir en pocas palabras mi posición ante este problema—que nosotros, para poder cumplir esta obra humana y nacional, tenemos que vivir con la mente en Europa y el corazón en España. Ya hemos visto que la causa de la decadencia y consunción de nuestra cultura no radica en nada de lo que en España hubo, sino en lo que en ella faltó: el espíritu y la ciencia modernos. Y esto, señores, es Europa; que es lo contrario de lo extranjero. Lo extranjero es lo que separa á cada uno de los pueblos modernos de lo demás; lo europeo, es decir, la cultura moderna, es lo que los une. La orientación que yo señalaría no es otra que la que indica la línea que actualmente nos separa de Europa. La determinación de esta línea ha de ser la obra primaria de la ciencia española.

Y ahora, señores,—ya veis que huyo de fórmulas y soluciones cerradas—como camino para la práctica, no creo fecunda más que la acción traducida en estas dos palabras: trabajar y esperar. Trabajar con toda la perfección y profundidad que exige la investigación de la verdad; esperar con toda la fe que pueda inspirarnos la cultura humana y con todo el amor de que seamos capaces hacia este pueblo nuestro en el cual, muévase donde quiera nuestra inteli-

gencia, se hundirán las raíces sentimentales de nuestro espíritu.

Y vosotros, estudiantes, compañeros también, no os oculto que pensando en vosotros he escrito este discurso. En él os ofrezco una visión de la historia de España: habéis visto como luchan dos tradiciones paralelas irreductibles; de una parte el espíritu moderno, de otra parte el espíritu medioeval. A vosotros os toca escoger un puesto en la nueva batalla que se prepara en España y quizá la última de esta lucha antigua. Escoged libremente, pero acordaos de que sois hombres.

Y la cultura es lo humano: es el caudal de verdades que el hombre ha ido arrancando del seno del misterio; es la creación de todo un mundo de formas nuevas en que se ha vaciado una aspiración eterna de belleza; es la luz que dirige la acción humana por el mundo de lo que debe ser; es la serie de esfuerzos del espíritu por salvar la tragedia íntima de nuestro destino enlazando nuestras pobres conciencias con algo eterno é infinito. La cultura es la entrega espiritual de unas generaciones á otras y, por lo tanto, el lazo que nos une con el pasado y con el porvenir; es, por lo mismo, la comunión espiritual de los hombres todos.

La cultura moderna es la civilización europea, y, por eso, en ser europeos ha de estar puesta nuestra mira y nuestro anhelo. Pero no por ser europeos hemos de dejar de ser españoles, sino que sólo entonces lo seremos real y verdaderamente. Lo europeo es lo que de humano encontremos en los pueblos de Europa; lo demás es lo extranjero, lo que entre sí ellos se repugnan, y nosotros debemos repugnarles también, manteniendo nuestra dignidad de hombres y de españoles. Insisto sobre esto porque no faltan *européizadores*, que hacen más daño á la causa de nuestra obra de lo que ellos se imaginan, que guiados por un concepto superficial de la civilización europea, mantienen entre nosotros un espíritu de imitación de lo extranjero,

enteramente vano é infecundo. Seamos españoles, pongamos nuestro esfuerzo en apropiarnos la esencia de la civilización europea; que cuando España llegue á ser un pueblo moderno sabremos qué es lo que puede coexistir, de lo que hoy constituye la trama de nuestra vida peculiar, con el nuevo sentido de la vida.

Y entretanto, conscientes de nuestra situación, marchemos con la cara y el corazón alegres; que la virtud de las ideas es imperecedera. Que nos acompañe siempre, como fuente de optimismo, el ritmo eterno de esperanza que cantaba en el pecho de todos los apóstoles de la cultura, como si fuera la voz misma de la humanidad; pero tened en cuenta que esta canción—como aquella otra misteriosa del marinero del romance viejo—sólo la dice la humanidad á quien con ella va.

Este es, amigos, el camino que yo me atrevo á señalaros como orientación de vuestra vida; pero no olvidéis esta frase ajena: «Quien pierde la mañana, pierde el día; quien pierde la juventud, pierde la vida».

HE DICHO

